

LA OLA DE ANDERS BEHRIN BREIVIK

Las paradojas de la historia quisieron que tres días después, la tarde del 22 de julio de 2011, fiesta de La Magdalena en Mundaka, donde yo estaba esa tarde, y de que celebrásemos el seminario sobre la inmigración en Europa, basándonos en el formato de cine-fórum y usando para ello la película *La Ola*, Anders Behrin Breivik, de 32 años, noruego, asesinara más de 70 jóvenes militantes socialdemócratas en Noruega, después de haber hecho explotar con un efecto demoledor un coche-bomba la misma mañana en Oslo contra las instalaciones del Gobierno Noruego, y asesinar otras siete personas.

El título que habíamos puesto al seminario fue el de *Inmigración europea: entre la necesidad y la xenofobia* y asistió una treintena de donostiarras a la sesión. La concatenación de estas circunstancias, seminario y asesinato, tiene sus aspectos relevantes, porque el suceso de Noruega nos indica qué ocurre cuando además de odiar intensamente al *otro* y matar por ello, se debilitan los controles institucionales y se desprecia la política. Probablemente la ausencia de política, su debilitamiento, son síntomas de una realidad que debe preocuparnos de forma creciente. Nada bueno sale de esta caótica situación. La política puede ser imperfecta e incluso indeseable; la no-política, es el caos. Y en las modernas sociedades altamente burocratizadas, los ricos habitantes del norte podemos permitirnos el lujo de despreciar la política, porque siempre habrá una burocracia eficiente que nos resuelva los asuntos, a la vez que nosotros sigamos quejándonos sobre lo mal que nos trata el mundo, pero muy probablemente pagaremos una alta factura por ello.

Cronológicamente, el día 19 de julio, martes por la tarde, celebramos un seminario abierto al público dentro del Curso de Verano de la UPV/EHU titulado "*La odisea de Europa en la Globalización: ¿un viaje sin destino?*". En este seminario se pretendía dialogar pública y abiertamente sobre el tema inmigratorio en un momento en que parece calar una cada vez mayor resistencia social en las sociedades de recepción a la aceptación de la inmigración en casi todos los países del marco europeo.

La Ola (Die Welle en alemán), el film de Dennis Gansel, de 2008, nos pareció la mejor opción después de barajar alrededor de una decena de películas que centraban directa o indirectamente el tema de la inmigración en la actual Europa. También nos hubieran servido *La Clase* o *El Odio* (L'haine). Si en el resto de películas se trataba de la dificultad de integración de las segundas, terceras y sucesivas generaciones en una sociedad que impide la movilidad de las poblaciones inmigrantes, en esta desde una visión local se analiza con qué facilidad pueden establecerse regímenes políticos autocráticos y totalitarios en ausencia de mediaciones sociales y con profusión de síntomas de incertidumbre social. Normalmente, los elementos que intervienen en el desencadenamiento de las catástrofes están siempre presentes en la sociedad, sólo hace falta manipular los precipitantes. A partir de ese momento está servido el cóctel molotov.

Lo del cóctel viene a cuento por una de las primeras escenas de la película, cuando el profesor "enrollado" (Rainer Wenger en el film), que luego desencadenará la tragedia, vestido con una camiseta informal de algodón, con la inscripción del grupo musical Los Ramones, grupo que venía escuchando en el coche camino del Instituto, discute en primer lugar con la Directora del Centro y luego con otro profesor más mayor, más "clásico" o más "seta o plasta" quizás, (Dieter Wieland), sobre el reparto del tema que cada uno de los profesores desarrollará con su respectiva clase durante la "semana de los proyectos". El diálogo con la Directora transcurre de la siguiente forma:

Rainer Wenger: ¿Autocracia? Pensaba que estaba claro que yo iba a dar anarquía.

Directora: Dieter Wieland me ha presentado su programa. Ha planificado perfectamente toda la semana, así que...

RW: Me iba a poner con ello este fin de semana.

D: Sí, un poco tarde.

RW: Wieland, Wieland. Wieland no tiene ni idea sobre ese tema. Yo estudié en Berlín, fui okupa durante cinco años en una casa en Krausberg, el 1 de Mayor siempre estaba ahí, ¿quién está mejor preparado que yo?

D: Si es tan importante para usted hable con Wieland a ver si se lo cambia.

RW: No podría usted al menos... eh...

D: Arréglenlo entre ustedes...

Con el profesor Wieland:

RW: ¡Señor Wieland!

Dieter Wieland: ¡Señor Wenger!

RW: Se trata del tema de la semana de proyectos.

D.W: Sí, ¿y?

RW: Quería preguntarle si podríamos cambiar, me ha tocado "autocracia".

D.W: *Alea jacta est!* ¡La suerte está echada!

RW: Sabe que me habría gustado mucho dar el curso de anarquía.

D.W: Demasiado, al parecer. En la semana de proyectos se trata de presentar a los alumnos las ventajas de la democracia. La preparación de los cócteles molotov es cosa de la clase de química. ¡Qué tenga un buen día!

El debate entre democracia-autocracia es lo que está en la base del film y en la base del tema que abordamos durante el seminario, porque entre la monótona, rutinaria, y previsible democracia representativa, la atractiva autocracia comunitarizada y la pulsión libertaria de la anarquía, el profesor que tiene un currículum experimentado en vivencias en el margen (Berlín, okupa, activista) llegará finalmente a identificarse absolutamente con el proyecto de la autocracia y a activar la catástrofe. Este experimento actúa en el subsuelo de la historia alemana y sobre la hipótesis de si puede volver a repetirse la experiencia del Tercer Reich y del Holocausto.

R. Wenger: Buenos días ¿Regalan algo aquí? Si soy sincero, me llama la atención que haya tantos interesados en el tema de la autocracia. Yo en vuestro lugar habría escogido anarquía

Alumno: ¿Con el plasta de Wieland?

Este film está basado en la novela que escribió en 1981 Morton Rhue *La tercera ola*, que se basa a su vez en el experimento que el profesor Ron Jones realizó con sus alumnos en 1967 en un Instituto de Palo Alto, en California. Rainer Wenger que recrea libremente el papel de Ron Jones, debe en consecuencia enseñar el tema de la forma de gobierno autocrático. Durante el día de presentación del tema los alumnos se muestran escépticos ante la posibilidad de que se pueda volver a reproducir un gobierno como el del Tercer Reich en la Alemania actual. Uno de los alumnos, después de que otro haya planteado la posibilidad de que la autocracia consista en una forma de gobierno basada en carreras de *autos* por *cráteres* volcánicos, el profesor insiste en que deben conocer algún caso histórico de dictadura. Un alumno menciona El tercer Reich, y surge el siguiente diálogo entre alumnos:

A1: El Tercer Reich

A2: ¡Oh, no, otra vez no!...

R.W: Yo tampoco he elegido este tema, pero tenemos que pasar la semana estudiándolo. Tengo unas fotocopias para vosotros.

A2: No. No quiero volver machacar lo mismo otra vez...

A3: Es un tema importante.

A2: La Alemania nazi fue una mierda, ya lo he pillado.

A4: Sí, nazis de mierda

A5: Aquí ya no puede volver a pasar algo así

A3: ¿Y los neonazis?

A2: No podemos sentirnos continuamente culpables por algo que no hemos hecho...

A3: No se trata de culpable, se trata de que tenemos cierta responsabilidad con nuestra historia...

A1: Bueno, yo soy turco (risas)

A5: Lo de la responsabilidad lo sabe todo el mundo

RW: ¿Qué sabe todo el mundo?

A5: Tal vez algunos estúpidos alemanes del Este no, pero...

A6: ¿Qué significa eso? Yo vengo del Este...

A5: Estoy hablando de los skins. ¿Rainer no podemos hacer otra cosa?

R.W: ¿Qué?

A5: Hablemos del Gobierno de Bush.

R.W: Un momento, a mí me está pareciendo interesante, pensáis que en Alemania no sería posible que volviera una dictadura, ¿no?

A5: De ningún modo, ya hemos aprendido la lección.

Los alumnos catalogan el conjunto de circunstancias que facilitan los órdenes autocráticos: la insatisfacción, la incertidumbre, un alto nivel de desempleo y la injusticia social, la inflación, la decepción política, un nacionalismo extremo, etc. En cambio, atenúan o contrarrestan tales circunstancias el liderazgo, el orden, la nitidez, la claridad y la pureza.

El orden es probablemente el denominador común de todas las empresas humanas. Desde el principio de la hominización crear orden y anular anomalía la ha sido su tarea permanente. El orden aminora la ambigüedad situacional, la ambivalencia en el comportamiento y aumenta la previsibilidad vital. Ahora bien, el orden admite diferentes grados. El más extremo, y a veces el más tentador, es el de la búsqueda de la pureza, la pureza que destierra definitivamente la ambivalencia y la ambigüedad. Si seguimos la distinción de Bauman entre modernidad sólida y líquida ocurre que muy probablemente estamos tan ensimismados, que no podemos creer que se repita una realidad sólida como la del Holocausto en una realidad líquida como la actual. Muy al contrario, puede ser que en tiempos líquidos los desastres se intensifiquen, porque la liquidez también se caracteriza por el principio de irresponsabilidad institucionalizada: nadie siente ser responsable de lo sucedido.

Ahora bien, salvando las distancias y sin ánimo de exagerar, no son improbables los *holocaustos líquidos*, los de baja intensidad, porque no otra cosa son las crecientes políticas restrictivas ante la inmigración en Europa. Frente a un racismo antisemita sólido y sin caretas hoy en el ámbito teórico se habla de otro de tipo sutil, del islamófobo, basado en la supuesta in-integrabilidad de Islam. ¿Podría hablarse de xenofobia líquida en este caso?

Europa y muchas de sus instituciones más relevantes saben que Europa precisa de inmigración, pero sus dirigentes, sus gobiernos, prefieren mirar hacia otro lado y de alguna manera permiten que crezca el espacio social para su rechazo social, basándose en no se sabe qué tipo de purezas.

Por eso, vayamos por orden, y antes de entrar en las paradojas europeas, sigamos con el argumento de la pureza. Dice Bauman que los grandes crímenes a menudo parten de grandes ideas y añade que "pocas son las grandes ideas que demostraron ser completamente inocentes cuando sus discípulos iluminados intentaron traducir la palabra en acto –pero algunas de ellas difícilmente pueden llegar a adoptarse sin enseñar los dientes y afilar los puñales. Entre esta clase de ideas, el primer puesto le corresponde a la visión de pureza. En un extremo, Cynthia Ozick afirma que la solución final alemana "fue una solución estética; se trataba de un trabajo de retoque, del dedo del artista borrando una mancha; algo que sencillamente aniquilaba lo que se consideraba disarmónico", que limpiaba la utopía soñada de piezas que no encajaban, como el jardinero que arranca las "malas hierbas" que no encajan en su diseño. Otra película que narra muy bien cómo en 1942 se decidió la solución final en la conferencia del Lago Wannsee es *La solución final*, genialmente interpretada por Kenneth Branagh en el papel de Reinhart Heydrich y dirigida por Frank Pierson.

Se trata de purificar. Esto lo entendieron perfectamente los alumnos de Rainer Wenger en el film *La Ola*, que comienzan a hostigar a los que no aceptan el "inocente" experimento, y lo interpretó concienzudamente Anders Behrin Breivik: era una de las pocas cosas que tenía claras. Breivik se veía a sí mismo como un gran purificador. Hitler escribió el *Mein Kampf*; Breivik un escrito de más de 1.500 páginas que lo dice todo con su título: *2083. Una declaración de independencia europea*.

Según Breivik había que purificar Europa de multiculturalismo, musulmanes y del marxismo cultural. Además, en su twitter dejó escrita una cita de Stuart Mill que malinterpretó: "Una persona con una creencia iguala la fuerza de 100.000 que solo tienen intereses". Al parecer la cita real es la siguiente: "Una persona con una creencia es un poder social igual a 99 que solo tienen intereses"[Stuart Mill en *Consideraciones sobre el gobierno representativo*].

Ahora bien, incluso las buenas citas hacen estragos en mala gente que en algún momento se ha sentido obligada a llevar a cabo la masacre como misión y se siente investido con autorización social, haciendo aquello que cree que su sociedad le exige. Las voces interiores son muchas veces la mera traslación o el mero reflejo del coro social.

Siguiendo con las citas, por el contrario, Imanol Zubero en su blog nos recuerda lo siguiente: "En todo caso, Stuart Mill escribe en **Sobre la libertad** en contra de quienes, en el transcurso de una discusión, buscan "estigmatizar a los que sostienen la opinión contraria como hombres malos e inmorales", concluyendo de esta manera:

"Debe reconocerse el merecido honor a quien, sea cual sea la opinión que sostenga, tiene la calma de ver y la honradez de reconocer lo que en realidad son sus adversarios y sus opiniones, sin exagerar nada que pueda desacreditarlas, ni ocultar lo que pueda redundar en su favor. Esta es la verdadera moralidad en la discusión pública; y aunque con frecuencia sea violada, me felicito de pensar que hay muchos polemistas que la observan escrupulosamente y un número mayor todavía que conscientemente se esfuerzan por observarla". A Breivik no le debió de interesar esta cita.

"No se nacía enemigo de los nazis; había que llegar a serlo"

Como dice H.M. Enzensberger en su magnífico libro *Hammerstein o el tesón*, "no se nacía enemigo de los nazis; había que llegar a serlo". El párrafo es más largo, pero quería subrayar esa concreta frase. El párrafo completo reza de la siguiente manera: "Es de sobra conocido que la llegada de Hitler al poder contó con un beneplácito entusiasta, y no sólo en su propio partido. No se nacía enemigo de los nazis; había que llegar a serlo. Eso fue lo que muchos dijeron después. "Qué grandioso era cuando empezó", escribió Gottfried Benn en 1934, "y qué asqueroso se ve hoy. Pero falta mucho para que acabe". (pág 104)

El suceso noruego viene al caso porque de alguna forma se tejen unos hilos invisibles que cosen lo que dicen y hacen algunos políticos, lo que piensa una parte muy relevante de la sociedad y lo que perpetran algunas personas. No se puede decir, si somos serios, que entre Breivik, los auténticos finlandeses, los que han dado por muerto el multiculturalismo (Merkel, Cameron y Sarkozy), los que dicen que hasta ahora han soportado la inmigración, pero que ahora van a escogerla (Sarkozy), los que han reasentado coercitivamente gitanos (Berlusconi) y los infinitos Angladas locales no hay relación alguna.

De esta hilazón y de su vinculación con la democracia es de lo que se trata. Se trata de las múltiples responsabilidades, cada una según su escalón de importancia, y de la necesidad de afrontarlas, porque qué grandiosos son los acontecimientos de masas cuando comienzan y qué asquerosos terminan siendo. Es lo que ocurre en la película de *La Ola*. Lo que empieza como un juego de simulación termina finalmente rompiéndose por el eslabón más débil, porque son los sectores con menos capital social los que más sufren las exclusiones, los que de forma más entusiasta se suman a las certezas mortíferas, pero los responsables de esta situación y de su desencadenamiento son los que permiten que florezcan ámbitos de impunidad. Siempre podremos librarnos de Breivik diciendo que está loco, que es un caso individual, que no volverá a repetirse en un lugar tan culto como Noruega (o Europa), pero nunca reconoceremos cómo hemos permitido, posibilitado, ayudado o creado la constitución de tal locura.

Decía Lluís Bassets en un memorable artículo (El País, 26.07.11, *Ideas, palabras, acciones*) y por ello traigo aquí una larga cita:

"¿Hay ideas criminales? ¿Hay palabras asesinas? Ciertas reacciones ante la matanza de Oslo pretenden convencernos de que poco o nada tiene que ver la acción terrorista de Anders Behring Breivik con la pujante influencia de las ideologías de extrema derecha en toda Europa y especialmente en Escandinavia. Nos advierten, además, del peligro en que incurriríamos si criminalizáramos ideas y propuestas de gran popularidad en estos momentos en Europa, confundiendo su defensa intelectual y política con los métodos violentos utilizados por un individuo singular que las reivindica sin derecho alguno a hacerlo. Apuran incluso este hilo argumental para insinuar que la aparición de fenómenos violentos de este tipo se explica más fácilmente por las dificultades de integración de los inmigrantes y por el fracaso de la multiculturalidad en muchos países que por las ideologías de extrema derecha que aprovechan estas tensiones para volver a campar a sus anchas en nuestras sociedades.

Todos estos argumentos, sumamente peligrosos, no debieran engañar a nadie. Ante todo, porque son la repetición de un viejo sonsonete, que hemos escuchado en relación a otras ideologías e incluso en dirección contraria. Quienes sostienen que Breivik es tan solo un loco o un monstruo, es decir, un átomo singular e incontrolado sin relación con las ideas que profesa, suelen ser comentaristas y políticos precisamente próximos a estas ideas. Algunos de quienes así reaccionan, además, han venido utilizando argumentos fuertemente contradictorios que les desautorizan a defender la teoría de la desconexión entre las ideas y palabras peligrosas y las acciones criminales. ¿No habían acaso intentado convencernos de que la violencia terrorista de Al Qaeda estaba inscrita en la literalidad del Corán y del ejemplo personal de Mahoma? ¿Por qué razón deberíamos creerles ahora cuando nos aseguran que la violencia inusitada de Breivik nada tiene que ver con los idearios xenófobos, islamófobos y racistas que proliferan en Europa en los últimos tiempos, con los que son tan comprensivos?

Digamos ante todo que la teoría de la desconexión es interesada. Por la cuenta que les trae, al menos una parte de quienes la sostienen lo hacen para marcar una línea roja entre el criminal de masas y sus propias convicciones, con el objetivo de seguir defendiendo las ideas de Breivik, aunque, naturalmente, sin sus métodos violentos y criminales. Esta forma de razonar no tan solo es errónea, sino que forma parte del problema en el que están comprendidos el criminal y su acción terrorista".

Dicho de otra manera, no es posible la desconexión: si el infierno está empedrado de buenas intenciones y si algunas buenas ideas terminan generando catástrofes, las malas lo son desde su inicio. La búsqueda de la pureza siempre lo es.

Una de las dos Europas ha de helarte el corazón

Decía Bauman que Europa es una aventura inacabada, esperemos que también inacabable, pero estamos convencidos de que la inmigración está invitada (y debe estar de estarlo) a participar en esta aventura. Desde esta última convicción, nos parece que los documentos comunitarios tienden a estar recargados de deseabilidad, pero luego son contradichos por las políticas estatales concretas. Si bien estos documentos constituyen un horizonte normativo, no parece que las medidas concretas vayan por los mismos derroteros: se caracterizan por la *obsesión securitaria* y de control de la inmigración irregular, cuando la irregularidad es una excrecencia lógica del modelo migratorio vigente. No suele quedar más remedio que incorporar la irregularidad a través de procesos de regularización y éste es a todas luces un deficiente sistema de regulación de la entrada de flujos así como de gestión de la población inmigrante una vez asentada. Como dice uno de los mayores expertos en inmigración de Europa, Marco Martinello:

"Cuando las políticas de regularización no son parte de una política de inmigración más amplia corren el riesgo de convertirse en un medio de solucionar a posteriori la inmigración ilegal que se había tolerado o incluso fomentado en un principio".

Ahora bien, Europa ha decidido mantener una mundialización y una solidaridad fronterizadas, induce flujos de inmigrantes sobrecualificados para actividades de escaso nivel de cualificación y basadas en mano de obra intensiva subespecializada, ha renombrado como efecto llamada lo que no es sino su propio efecto necesidad, mantiene la ilusión de que es posible una *concepción hidráulica* de la inmigración (que estén en cada momento los justos) y además la hace socialmente socialmente operativa, y pretende encajar la creciente multiculturalidad en un esquema cultural de monocultivo.

Los datos del Eurostat nos dicen que:

- en Europa en 2008 había casi 30,7 millones de personas extranjeras, es decir, viviendo en lugares de distinta nacionalidad. De esta cifra, 19,5 millones corresponden a personas ajenas a la UE y 11,3 millones son migrantes internos europeos. Este volumen supone el 6,2% de la población europea actual.
- Los mayores porcentajes de población extranjera corresponden a Luxemburgo (42,6%), Letonia (18,3%), Estonia (17,1%) y Chipre (15,9%). Ahora bien, estos porcentajes pueden inducirnos a error, porque no siempre la relevancia porcentual equivale a una relevancia absoluta, ya que en estos países reside alrededor de un millón de inmigrantes y muchos son sobrevenidos, como hemos adelantado, con motivo de la re-nacionalización que han sufrido parte de los residentes en Letonia y Estonia, tras la obtención de su independencia. En el caso de Luxemburgo, por otra parte, se trata de una inmigración básicamente comunitaria: el 86% corresponde a personas nacionales de la Unión y el 14% a población extracomunitaria.
- En cambio, cinco Estados absorben casi el 77% de toda la población inmigrante de Europa: Alemania (23,6%), España (17,1%), Reino Unido (13,1%), Francia (11,9%) e Italia (11,2%). El resto de los 22 Estados recogen el 23% restante. Dicho de otra manera, mientras que estos cinco países suponen casi el 63% de la población total, recogen el 77% de toda la población inmigrante. Es más, en su interior reside el 79% de toda la población inmigrante extracomunitaria y el 75% de la comunitaria.
- Además, en el interior de Europa hay países,
 - emisores netos de migrantes (varios de los del Este),
 - receptores de grandes volúmenes de migrantes laborales de baja o media cualificación (los del Sur),
 - como el Reino Unido, en el que los inmigrantes cualificados superan en número a los descualificados,
 - que han cerrado las puertas a la inmigración, salvo la que se produce por la reagrupación familiar (Dinamarca, por ejemplo), o
 - que reciben más asilados que inmigrantes (Suecia).

Sobre esta breve pincelada, la Unión Europea debe plantearse seriamente una política decente y común de inmigración, porque en el plano más instrumental se enfrenta al menos a tres retos fundamentales en el plano más económico y laboral: al envejecimiento de la población, al la estructura de su mercado de empleo y al mantenimiento del Estado de Bienestar. Estos tres retos deben ser pensados sin adherencias culturales o políticas, como objetos de estudio que tienen repercusiones económicas directas o indirectas, en los que la inmigración palia situaciones sin resolverlos. Ahora bien este *efecto placebo* que procura la inmigración es tan indiscutible que no permite aplazar *sine die* el debate.

La División de Población de Naciones Unidas publicaba hace años un informe sobre *migraciones de reemplazo* e indicaba a grandes rasgos que en los próximos 50 años la población de gran parte de los países desarrollados iba a disminuir y envejecer como resultado de la transición demográfica, o de los cambios que se operan en el tamaño la población al pasar de un régimen de altas a otro de bajas mortalidad y natalidad. Con base en las proyecciones de este estudio se llegaba a unos datos sorprendentes: la UE precisaba de casi 50 millones de personas para conservar su tamaño actual de población, casi 80 para estabilizar el volumen actual de población en edad de trabajar y 674 millones para mantener constante la relación entre la población activa e inactiva. La inmigración no es una solución para la dinámica de envejecimiento de las sociedades desarrolladas, pero sí contribuye positivamente en algunos de sus aspectos más preocupantes. Enfrentar el envejecimiento es plantear todo un conjunto de medidas complementarias, entre las que no se debe descartar la aceptación de un volumen razonablemente alto de población extranjera en las próximas décadas aunque sólo sea para mantener el tamaño actual de población europea o para estabilizar el volumen actual de población en edad de trabajar.

Pero el modelo europeo de integración es un modelo *tuerto*, de forma que no admite en los ámbitos social, cultural y ciudadano lo que precisa imperiosamente en el laboral. A principios de los noventa del siglo pasado era impensable que se multiplicasen los procesos migratorios, pero de alguna forma los esquemas de integración industrial sobre los que estimábamos que se basan las incorporaciones exitosas han sido sustituidos por otros que tienen su razón de ser en necesidades crecientes de clase media, que se ha convertido, al menos en la Europa meridional, en la gran agencia contratante a través de la institución familiar: la incorporación de la mujer en los diferentes segmentos del ámbito laboral ha sido la revolución cultural y silenciosa de finales del siglo XX. Esta incorporación cambia de raíz la institución familiar, que en ausencia de políticas públicas encaminadas a la conciliación de la vida familiar y laboral, de reparto de tareas domésticas, o de la revitalización proactiva de medidas natalistas, es una institución insuficiente para encarar las labores que siempre ha acometido y que le han sido propias: cuidar de los suyos, lo que se ha pasado a denominarse en la literatura especializada como ámbito *care*, el del cuidado.

Esta incorporación femenina y de la inmigración se realiza en un contexto y régimen de creciente precarización de las relaciones laborales, de forma que no se sabe si es la precariedad la que posibilita la inmigración o si es ésta la que contribuye en aquélla. Este fenómeno de precarización, incipiente y corto desde la lógica de procesos de *longue durée* pero de progresiva consolidación en la UE, como estamos viendo con el recorte sin par del Estado de Bienestar, fue predicho hace más de una decena de años por el sociólogo Ulrich Beck, quien sostenía que Occidente se iba a *brasileñizar*, entendiendo por tal proceso "... la irrupción de lo precario, discontinuo, impreciso e informal en ese fortín que es la sociedad del pleno empleo en Occidente. Con otras palabras: la multiplicidad, complejidad e inseguridad en el trabajo, así como el modo de vida del sur en general, se están extendiendo a los centros neurálgicos del mundo occidental"¹. Independientemente de que este proceso sea más o menos optimista, de que esté adornado de tintes catastrofistas, es más probable que se *brasileñice Occidente a que se occidentalice Brasil* en la seguridad normativa de las relaciones laborales.

La inmigración como incertidumbre

En cambio la forma de afrontar esta situación estructuralmente problemática se realiza sobre una visión estrábica del hecho migratorio. De *iure* prevalece la fortaleza, de *facto* la realidad. En el medio, la irregularidad, y vuelta a empezar. La muestra de fortaleza europea está motivada en parte por la competición inter-estatal y en parte por la intra-estatal. La fuerte competencia entre estados y sus diferentes intereses (países emisores, países receptores, desencuentros, animosidades cruzadas, débil identidad paneuropea, lógicas estatalizadas, así como distintas trayectorias y políticas

¹ "La consecuencia involuntaria de la utopía neoliberal del libre mercado es la brasileñización de Occidente. Lo que más llama la atención en el actual panorama laboral a escala mundial no es solo el elevado índice de paro de los países europeos, el denominado milagro del empleo en Estados Unidos o el paso de la sociedad del trabajo a la sociedad del saber, es decir, qué aspecto tendrá en el futuro el trabajo en el ámbito de la información. Es más bien el gran parecido que se advierte en la evolución del trabajo en los denominados primer y tercer mundo.

Estamos asistiendo a la irrupción de lo precario, lo discontinuo, lo impreciso y lo informal en esa fortaleza que es la sociedad del pleno empleo en Occidente. En otras palabras: la multiplicidad, la complejidad y la inseguridad en el trabajo, así como el modo de vida del sur en general, se están extendiendo a los centros neurálgicos del mundo occidental.

Consecuencia: cuantas más relaciones laborales se "desregularizan" y flexibilizan, más rápidamente se transforma la sociedad laboral en una sociedad de riesgo, un riesgo que no es calculable ni para el modo de vida de cada individuo ni para el Estado y la esfera política; y más urgente resulta asimismo estudiar la economía política del riesgo desde el punto de vista de sus consecuencias contradictorias para la economía, la política y la sociedad. En cualquier caso, hay una cosa bien clara: la inseguridad endémica será el rasgo distintivo que caracterice en el futuro el modo de vida de la mayoría de los humanos, incluso en las capas medias, aparentemente bien situadas", Ulrich Beck, *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Paidós, Barcelona, 1999.

inmigratorias) no permiten que maduren las condiciones adecuadas para una política común. En este ámbito, la reforma de este modelo debe combinar la cooperación entre los Estados europeos más allá del mero control tanto de fronteras como de la inmigración irregular, así como un proceso de cesión *de soberanía proactiva hacia arriba*, inicialmente.

La retroalimentación social para esta idea de dureza/fortaleza desarrollada por los gobiernos es a veces real y otras veces mera impostura. Socialmente hay que deslindar el plano de los discursos y actitudes del de los comportamientos. Los discursos sociales en tanto creencias compartidas son meros discursos, a veces ajustados a los hechos, a veces muy alejados, pero como bien conoce la sociología siempre tienen efectos sociales: imponen marcos de interpretación. Los discursos tienen matrices diferentes, pero básicamente pueden distinguirse entre los que surgen desde,

- la primacía de los *elementos ideológicos*, en cuyo caso es muy difícil actuar, porque son discursos reacios a la inmigración, de difícil mutación y que se mantendrán independientemente de las circunstancias coyunturales o estructurales, con lo que estamos ante fenómenos de xenofobia severa, clasismo o incluso en la antesala de un clasismo racista o un racismo clasista, o desde
- situaciones coyunturales, que suelen experimentarse cuando un sector social, más o menos amplio de la sociedad, queda afectado estructuralmente por la llegada de población inmigrante. Da lugar a formas de *xenofobia situacional* más o menos intensa, más o menos temporal, que suelen formularse en slogans del tipo de “*english, first*”, es decir, en la preferencia de los nacionales. Normalmente, se suman a estas posiciones las personas con status incierto, que se perciben sustituibles y que se sitúan en la antesala de formas más o menos severas de vulnerabilidad y exclusión.

Ahora bien, lo que una política democrática y unas instituciones democráticas nunca deben promover es el aprovechamiento de estas situaciones en momentos de crisis. Además, es muy probable que en muchas ocasiones se use la crisis más como excusa que como realidad. En estas situaciones, democráticamente, hay varias reglas de funcionamiento que no deben olvidarse:

- Es muy difícil el paso de las actitudes y opiniones de rechazo a los comportamientos si no hay *una autorización política* que induzca a romper los diques de contención social,
- En caso de que apareciera esta autorización por parte de un actor político es obligación democrática ineludible del resto el establecer un *cordón sanitario* de cara a evitar *ámbitos de impunidad*, porque
- En caso contrario es manifiesto que:
 - Es muy difícil competir con partidos xenófobos, porque su misma aparición normalmente arrastra a posiciones *cripto*– cuando no *abiertamente* xenófobas al resto de partidos, y
 - Cruzada esa línea roja las competiciones democráticas se convierten en plebiscitos sobre la democracia.
- Reconsiderar tanto el principio de soberanía como el de ciudadanía a él ligado e instaurar el de residencia, así como atender y resolver de la forma más sensata posible la diversidad cultural, se tornan en imperativos democráticos categóricos.

Para finalizar

Lo más extraordinario del film *La Ola* es descubrir que el enemigo está en nuestro interior, porque como diría Johan Galtung, con la masacre de Noruega “sí que se ha dado un golpe espiritual a esa autoimagen de país tranquilo. El enemigo está dentro de nosotros, y esa idea es difícil de procesar. Si hubiera tenido la piel oscura, habría habido una unión de todos los noruegos contra la inmigración”, y añade Galtung que la “solución fácil es *psiquiatrizar* lo ocurrido, ver a Breivik como un loco con una

adolescencia complicada. Pero entonces se pierden las ideas que hay detrás de su acto, que están en el manifiesto que ha escrito y que están diseminadas por toda Europa, incluida España².

Ahora bien, por el contrario, hay que reivindicar la impureza. Lo esencial de la impureza, y de la convivencia, es aceptar la inevitable legitimidad de todas aquellas "cosas para las que no se ha reservado el "lugar adecuado" en ningún fragmento del orden artificial. Están "fuera de lugar" en todas partes; es decir, en todos aquellos lugares para los que se ha diseñado el modelo de pureza. El mundo de los buscadores de pureza es sencillamente demasiado pequeño para albergarlas... [Cosas que...] Controlan su propio emplazamiento y, por consiguiente, se mofan de los esfuerzos de los buscadores de pureza por "colocar las cosas en su sitio" y terminan por poner al descubierto la fragilidad y la inestabilidad irremediables de todas las disposiciones".

Sólo mucha más democracia, más transacción, puede hacer frente de forma progresiva a este entorno exponencialmente complejo. Cómo dijo el primer ministro noruego Stoltenberg ante los atentados de Noruega: "La violencia contra la democracia solo puede ser respondida con más democracia".

Más democracia y no ceder espacio ni pretexto alguno a la impunidad es un primer mandamiento democrático. Restaurar el valor de la política, otro; porque Breivik, sí fue a la clase de química. Europa debe retomar su Ítaca, plantear su Odisea con sentido y en común, y su destino no puede ser otro que más democracia, una democracia que nos obligue a ser enemigos de los liberticidas, porque no nacemos partidarios. Se trata de generar en cada ciudadano un agente anti-impunidad.

El profesor Wieland tenía razón al comienzo de la película: "En la semana de proyectos se trata de presentar a los alumnos las ventajas de la democracia".

² Entrevista con Johan Galtung. *El País*, 26.07.11

